

HACIA UNA POLITICA CULTURAL DEMOCRATICA Y POPULAR; (A PROPOSITO DE LAS TELENOVELAS).*

Daniel Camacho**

1.—La cultura no es patrimonio de los cultos.

La cultura, en su concepto más profundo, se refiere a la totalidad de la vida del hombre en sociedad. Desde ese punto de vista, todo hombre es culto porque en la raíz misma del ser humano se ubica su carácter social. La cultura es todo aquello que no es naturaleza pura y está constituida por todas las acciones que son creadas por los conglomerados humanos y aceptadas en la vida social como parte de los estilos de convivencia. Forman entonces parte de la cultura, por ejemplo, las maneras de vestir; las maneras de hablar; el acento, el vocabulario; las maneras de comer; las normas sociales, desde las más permisivas, como las referentes a la manera de caminar, hasta las más coactivas como las referidas al castigo de los delitos; las maneras de apreciar, es decir, el gusto, la estética. En otras palabras, el arte, o sea, el objeto de la estética, es cultura, pero no sólo el arte es cultura porque incluso lo más opuesto al arte, lo grotesco, es cultural. Por ejemplo, los hábitos del conglomerado social constituido por los presos de una cárcel, que pueden ser refinados o grotescos, constituyen lo que podríamos llamar la cultura carcelaria. Concluimos entonces que se hace necesario entender que la cultura no es privativa de los grupos que se definen a sí mismos como cultos, porque en verdad la cultura es atribución tanto de los llamados cultos como de los llamados incultos.

En consecuencia, si se pretende enfrentar el tema de la cultura, se hace necesario concebirla

como la totalidad del quehacer social de un conglomerado humano.

2.—La cultura es una y plural.

Pero no todo conglomerado humano es homogéneo. Todo lo contrario. Lo general en las sociedades es la heterogeneidad. Esta puede provenir de muy diversas fuentes. Una de ellas, la más visible, es el origen étnico. Desde el punto de vista cultural, la diversidad étnica es muy importante porque la etnia es en sí misma el ámbito de manifestación cultural. Cuando en una sociedad confluyen diferentes etnias, como es, por lo demás, el caso de casi todas, la cultura se enriquece por la diversidad de aportes culturales. Un prejuicio corriente es el de considerar, en una sociedad determinada, a la cultura de una de las etnias, como la cultura de la sociedad y a la de las otras como culturas subordinadas. Una política cultural popular debería sobrepasar ese prejuicio porque se basa en una odiosa discriminación y una ofensiva arrogancia. La cultura de una sociedad pluriétnica es a la vez una y plural. La definición de la cultura nacional ha de basarse en la consideración de las pautas culturales de la totalidad de las etnias presentes en la realidad nacional y de la unidad creada por la confluencia de todas. Este propósito es importante porque donde no se le considera, las políticas culturales tienden a relegar la cultura de determinadas etnias a una posición subordinada. Incluso se da el caso de que la cultura de una

* Ponencia presentada al Foro sobre los Medios de Comunicación y sus Efectos en el Desarrollo del Costarricense, Ministerio de Justicia, 19 al 22 de agosto de 1980, San José, Costa Rica.

** Daniel Camacho: Secretario General
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
FLACSO.

mayoría de la población sea considerada como cosa rara y pintoresca. Por ejemplo en algunas sociedades de mayoría india. Pero aún en los casos de una sociedad que presente un bajo grado de heterogeneidad étnica, la cultura de las etnias minoritarias forman parte de la cultura nacional por derecho propio y deben concurrir a conformarla.

3.—*Lo vulgar como cultura*

Igual razonamiento cabe en lo relativo a otras formas de diferenciación social, sobre todo las derivadas de causas socio-económicas.

Hay manifestaciones culturales que se reproducen en el seno de grupos sociales muy diferenciados del resto de la sociedad. Por ejemplo, entre los grupos privilegiados económicamente se dan formas de actuación, pautas de comportamiento, que son bastante propias de ellos. Van desde la manera de vestir, hasta las características de los lugares que frecuentan para divertirse, pasando por el tipo de espectáculo de aceptación en ese medio. Para poner un ejemplo, la telenovela, la fotonovela y la radionovela, no son de manera alguna aceptadas por esos grupos como espectáculos de buen gusto. Pero sucede que esas expresiones, es decir, la telenovela, la radionovela y la fotonovela sí se practican y se reproducen en grupos sociales que podríamos —para no meternos en disquisiciones conceptuales— denominar populares. Aunque se trate de un ejemplo ligeramente distinto diremos que quienquiera que haya asistido, aunque fuera por una vez a las revistas de variedades del Teatro Center City en sus mejores épocas, habrá podido apreciar, no sólo la comunicación entre los artistas y su público, sino la reacción del público que, ante el estímulo de los artistas, responde a veces masivamente, a veces por medio de un individuo ingenioso, pero siempre con aportaciones que llegan a convertir a los espectadores también en artistas y a estos también en espectadores. Una persona refinada encontraría grotesco este espectáculo: los chistes de doble o de único y vulgar sentido, la agitación de la multitud, el ruido excesivo, el vocabulario atrevido, las risas desmedidas, etc. Pero esto también es cultura; es vulgar pero es cultura. Vulgar quiere decir justamente “del pueblo”, es decir, cultura popular.

4.—*El gusto de un grupo social se impone como buen gusto oficial.*

Los intelectuales, aun algunos de los que comparten posiciones avanzadas a menudo caen den-

tro de la confusión que venimos analizando. Es decir, confunden las manifestaciones culturales de los grupos dominantes con la alta calidad. Olvidan que las más altas expresiones de la cultura son por regla general de origen popular. Examínese el nacimiento del teatro, la trayectoria de la poesía, la evolución de la música o el origen de la danza. En todos esos campos, la reproducción social, es decir, popular de las formas artísticas es lo que ha hecho posible las expresiones más sublimes de la estética. Lo que ha sucedido es que los grupos dominantes, a lo largo de la historia de la humanidad se apropian de ellas, las reproducen a su conveniencia y las vuelven exclusivas.

A partir de ahí se da, en las sociedades clasistas, un proceso de exclusión de los grupos populares de los medios de expresión capaces de reproducir esas manifestaciones artísticas. Hoy en día, en el mencionado tipo de sociedades, ya no existen los conciertos exclusivos de los mejores músicos para el rey y la nobleza, pero sí persisten los obstáculos económicos y culturales para que las grandes mayorías accedan a cultivar su gusto de manera tal que se les posibilite la apreciación de las expresiones más altas de la música. Igual sucede con la pintura, el teatro y las otras expresiones dramáticas. La producción musical, pictórica o dramática, de expresión artística devienen industria lucrativa y a partir de ahí, se pueden acercar a ellas los que más posibilidades económicas tengan.

Pero ahí no se detiene el proceso. Ya en manos de grupos reducidos, determinados por sus posibilidades económicas, la necesaria relación entre el creador y su público actúa en favor de la conformación —podría decirse la deformación— de las expresiones artísticas, ya no hacia los valores estéticos populares de sus orígenes, sino hacia valores exclusivistas. La obra de arte comienza a adecuarse a esa subcultura y paulatinamente se va asimilando el gusto particular de este grupo al buen gusto, en desprecio de otros “buenos gustos” que se producen, con igual o mejor derecho en otros sectores sociales.

De igual manera, se va asimilando la cultura específica de este grupo social a la cultura general de la sociedad y se define como hombre culto al que hace el esfuerzo por adaptar sus valores estéticos a los de este grupo particular.

5.—*Cuando el afán de lucro interviene.*

En consecuencia, en la definición de cultura aceptada generalmente, de manera consciente o inconsciente, se introducen dos prejuicios, el ét-

nico y el social. Se aceptan como valores de toda la sociedad aquellos que son exclusivos de una etnia y de una clase.

Por otro lado, la etnia y la clase dominante se apropian de los valores estéticos populares primitivos, los adaptan a sus propios gustos y necesidades y, así conformados los difunden como si fueran los valores a los cuales debe aspirar la sociedad total a la vez que se reservan, por mecanismos económicos, la exclusividad de su disfrute.

¿Qué pasa paralelamente con las manifestaciones populares que no son objeto del buen gusto oficial? Dos cosas: por un lado, sufren del descuido estatal y, por otro, son presa de las más dañinas manipulaciones comerciales.

Tomemos dos ejemplos, el de la música y el del drama pasional.

La música es una de las manifestaciones del arte que ha logrado mayor desarrollo y una de sus más excelentes expresiones, la llamada música selecta (sinfónica, concertal, etc.) ha sufrido en los países del tipo del nuestro, uno de los procesos que antes mencionábamos: ha sido rodeada por una serie de obstáculos que la hacen poco accesible, poco comprensible a las grandes mayorías, no obstante que esa limitación no se encuentra en su propia naturaleza.

Paralelamente a esto, una actitud oficial favorable al desarrollo de ese tipo de música, se produce con el beneplácito de los que tienen capacidad de opinar. Beneplácito que todos compartimos con justa razón.

Sin embargo, el drama pasional, y específicamente sus expresiones más populares, la telenovela, la fotonovela, la radionovela sufren un proceso diferente el cual se deriva de tres factores.

En primer lugar, los grupos dominantes no definen a esas expresiones como de buen gusto.

En segundo lugar, y como consecuencia de ello, ninguna política oficial, ningún recurso público, ninguna consideración positiva se produce a su alrededor. Sin embargo, hay un hecho elocuente e innegable: la cantidad de aficionados asiduos, de gentes que sienten gusto por esa expresión cultural, de sectores que han introducido esas expresiones en su propia cultura son, en forma aplastante, una gran mayoría con respecto a las referentes a otras manifestaciones culturales. ¿Por qué entonces la diversidad de trato?

Lo primero que se alegraría sería que la música es una manifestación cultural más alta, más

perfecta, más sublime que el drama popular. Lo cual es cierto, pero a este alegato se podría responder con otra pregunta: ¿Esto debe ser siempre necesariamente así? ¿No tiene la novela audiovisual parecidas potencialidades?

Aquí la respuesta no es tan simple y nos hace entrar en el tercer factor cual es la intervención de la maquinaria del lucro.

Así como la maquinaria del lucro encuentra en la exclusividad de ciertas expresiones artístico-culturales una fuente de ganancias, también encuentra en la masificación de otras expresiones artísticas nuevos surtidores de beneficios.

La afición popular por el drama pasional expresado en métodos audiovisuales, es decir, la fotonovela, la radionovela, la telenovela, constituyen respuestas artísticas a necesidades del pueblo y, ante el vacío de ofertas de alto contenido estético ese espacio es llenado por mediocres profesionales patrocinados por peores intereses. El resultado es el de un drama pasional de baja calidad, mutilador del pensamiento y la imaginación, convertido en incontenible vendedor de detergentes, cosméticos, jabones y conservas, todos tan dañinos, tan artificiales y tan vacuos como el drama pasional que se presente entre anuncio y anuncio.

6.—*La calidad estética salva toda forma de expresión artística.*

Pero el error de muchos de los que se han ocupado hasta ahora de este tema, es el de confundir el género artístico con su expresión concreta en tiempo y espacio. Es como decir que la música es mala en sí misma porque la filarmónica del pueblo es inexperta.

El drama pasional emitido por medios audiovisuales no es en sí mismo nocivo. Recuérdese que, al inicio de la prensa, muchas de las grandes novelas de hoy en día fueron escritas como folletones en los periódicos, por entregas diarias y a veces con ilustraciones. Es decir, nacieron como dramas pasionales emitidas por medios audiovisuales. En otras palabras, antes de ser novelas caras a la literatura universal fueron fotonovelas y, si los medios técnicos hubieran estado a su alcance, hubieran sido telenovelas o radionovelas.

La discusión, entonces, no está en la forma de expresión, ni en la temática, sino en su calidad estética.

Recientemente se desarrolló en Costa Rica un debate acerca de este tema a propósito del cambio decretado por el organismo respectivo del Gobierno al horario de transmisión de las telenovelas. Esquemáticamente la principal argumentación giró acerca de la temática. Los partidarios de la restricción horaria alegaban que no debía someterse en horas de público indiscriminado obras cuyo tema se consideraba nocivo, mientras que sus adversarios alegaban que esa temática era la misma de novelas que hoy se consideran obras altamente apreciadas. La discusión giraba acerca del esquema temático de esas obras que normalmente consiste en el ascenso social de una jovencita por medio del amor con un individuo de mejor posición que ella.

Nuestra opinión es que de esa manera, el debate está mal planteado. No es la temática, ni el medio de expresión en sí mismo lo que agrega o quita valor a la obra exhibida. Es su solidez estética. La obra más candorosamente moralista expresada sin cuidado de la estética puede producir más daño que otra de tema atrevido pero bien tratado. Igualmente el canal audiovisual (televisión, radio o pasquín) puede servir tanto para lo nocivo como para lo constructivo. En otras palabras, la telenovela, la radionovela y la fotonovela no son necesariamente nocivas. Existe un descuido acerca de ellas por los conductores de los procesos artísticos porque se parte del prejuicio acerca de que no forman parte del buen gusto, un buen gusto definido por los grupos que dominan étnica y económicamente una sociedad y en cuya definición entran sus particulares intereses, sus propias deformaciones y su menosprecio a la cultura popular.

7.—*Respetar el gusto de las grandes mayorías por el drama audiovisual.*

Hay que superar esa actitud de menosprecio porque choca contra la realidad incontrastable de que grandes mayorías del pueblo encuentran en esas formas de expresión artística satisfacción a sus necesidades de esparcimiento.

Relegar olímpicamente esas formas de expresión al comportamiento de lo que no es arte, ni motivo legítimo de preocupación para los conductores de la cultura es dejar de lado las necesidades estéticas del pueblo y atrincherarse en el reducido ámbito de la cultura de élite.

Sin embargo, el plantearnos este problema con el enfoque amplio que mencionamos arriba,

no hace más que abrir un abanico de otros problemas más complejos y más numerosos. No todos se pueden tratar en los límites de estas líneas, pero sí se puede plantear uno de los fundamentales. ¿Cuál es el criterio para apreciar el valor de una expresión artística que, como la novela audiovisual, ha sido tan deformada? En otras palabras, hemos dicho que la novela audiovisual tal y como se presenta hoy en día, es una deformación comercial de una necesidad de esparcimiento popular. Pero hemos dicho también que esa expresión artística, la novela audiovisual, tiene potencialidades estéticas. ¿Cuál sería el criterio para descubrir el desarrollo correcto? El logro de la estética.

Hay una potencialidad estética en la novela audiovisual. No es un género despreciable en sí mismo. Es un género que como explicamos arriba ha sufrido el relegamiento de clase porque no responde a intereses de los grupos dominantes y el relegamiento artístico porque ha sido acaparado por intereses propagandísticos.

Sin embargo, esa expresión artística responde a una sentida necesidad estética del pueblo, o más bien de sectores del pueblo, lo que lo hace merecedor de atención por parte de los creadores para redescubrir y reproducir sus potencialidades estéticas.

8.—*El papel de una política cultural.*

En consecuencia, una política cultural debería incluir necesariamente las debidas acciones para desarrollar las potencialidades estéticas de la novela audiovisual. Así como se ha hecho con la música, (Orquesta Sinfónica Nacional y Orquesta Sinfónica Juvenil); con el teatro (Compañía Nacional de Teatro y subvenciones a los grupos de teatro institucionales y particulares); con la danza (Compañía Nacional de Danza); con el cine (Cinemateca Nacional y Departamento de Cine del Ministerio de Cultura), así se debería hacer con el drama audiovisual: recoger y reproducir la potencialidad estética de la novela audiovisual (fotonovela, telenovela y radionovela); interpretar la necesidad estética del pueblo que la reclama y la sigue y construir un movimiento artístico popular autóctono, pero a la vez universal y excelente, aprovechando los medios audiovisuales que, quiérase o no, dominan cada vez más el ámbito de la comunicación interpersonal e intergrupala en el mundo entero.